

BOLETIN OFICIAL
DEL
CENTRO GALLEGO
DE AVELLANEDA

Public RES C/36

241
A/196



REPUBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

BANCO DE GALICIA Y BUENOS AIRES

Fundado en 1905

Capital Realizado y Fondo de Reserva \$ 18.711.996.33 m/n.

Casa Matriz: CANGALLO 415/39

SUCURSALES: Rivadavia 2828; Rivadavia 3860; Corrientes 3220; Rivadavia 8099;
Entre Rios 200; San Juan 3101; Sarmiento 1500; Mitre 300, Avellaneda.

ABONA POR DEPOSITOS

En cuenta corriente..... 1 o/o A plazo fijo..... Convencional

EN CAJA DE AHORROS

5 %

Con capitalización trimestral de intereses

SERVICIO ESPECIAL DE GIROS SOBRE GALICIA

Buenos Aires, 1.º de Abril de 1926

José M.^a Revoredo

Artículos de Importación. - Frutos del País

MADERAS EN GENERAL

VENTA PERMANENTE DE:

Resina	Carbonato de cal
Soda cáustica	Talco
Silicato de Soda	Colorante (Anilina)
Cloruro de cal	Alambre
Ceniza de soda	para cortar jabón
Soda Solway	Oleina
Soda cristal	Pesa lejías
Aceite de palma	Sebo
Aceite de coco	Grasas, etc., etc.

BERNARDINO RIVADAVIA 361

U. Tel. 774 y 142, Avellaneda

C Tel. 217, Avellaneda

AVELLANEDA, F. C. S. - Barrio Piñeyro

BOLETIN OFICIAL

DEL

CENTRO GALLEGO

DE AVELLANEDA

CASA SOCIAL: AVENIDA GRAL. MITRE 780—U. T. 698, Avellaneda

Todo por Galicia y para Galicia

SOCIOS HONORARIOS

Don Antonio Varela Gómez

- » Ricardo Conde Salgado
- » Adolfo Rey Ruibal
- » José R. Lence
- » Manuel T. Valdés

Don Martín Echegaray

- » Manuel Martínez Jole
- » Alberto Barceló
- » Guillermo Alvarez
- » Ramón Franco

SOCIO DE MÉRITO: Piccardo y Cía. Ltd.

COMISIÓN DIRECTIVA

PRESIDENTE: Sr. Eduardo Paredes
VICE: » José M.^a Revoredo
SECRETARIO: » Rafael Gayoso
PRO: » Angel Rial
TESORERO: » Lino Pérez
PRO: » Ramón J. García
BIBLIOTECARIO: » Nicolás Villar
VOCALES: » Alejandro Novoa
 » Manuel G. Garrido
 » Isidro Alonso
 » José Resua
 » Manuel Fernández

Jurado

Sres. José L. García, Ernesto Panizza,
 Eugenio Ben, Francisco Sotelo y Feliciano M. Culler.

Revisadores de Cuentas

Señores Camilo Hernández, José Antelo,
 Francisco Enriquez, Enrique Brea y Manuel F. Asorey.



Casa GALLO

La más importante en su ramo para servicios de banquetes, lunchs, casamientos y bautismos. Dispone de amplios salones, personal y servicio de mesa de primer orden. Nuestros salones, los más lujosos y amplios de la capital, están disponibles para las fiestas de carnaval a precios económicos. Pueden visitarse a toda hora del día.

Calle TUCUMAN 1471

Tratar 670-PARANA-672

Unión Telef. - 38 Mayo, 6115
Coop. Telef. 3525, Central

PECTORAL DE BREA

(COMPUESTO)

Preparado en la Farmacia "GUILLEN"
(Aprobado por el Consejo Nacional de Higiene de Buenos Aires)

El remedio por excelencia para los resfriados, catarros, bronquitis, asma, enfermedades de la garganta y del pecho, por ser su base el alquitran de Noruega purificado y privado de su gusto y olor tan desagradables.

Av. MITRE 44 U. T. 69, Ada. Avellaneda

Aviso Importante

GRAN DEPOSITO DE PATATAS

VENTA POR MAYOR Y MENOR

Especialidad y clase de Mar del Plata
a precios de Casa Amarilla : : :

Juan Dean

ARENALES 146 AVELLANEDA

Lonería "Sitoula"

El Taller que trabaja más barato
y con prontitud

J. B. Paláa 579 Avellaneda

Imprenta SAMPAYO

LIBRERIA-PAPELERIA
Y ENCUADERNACIÓN
Objetos para Escritorio
Libros y Copiadores
en blanco. — Artículos
generales para
Colegios

VENTAS POR MAYOR Y MENOR

Marca Registrada y Autorizada

Av. Mitre 920, Avellaneda — U. T. 837, Avellaneda

CENTRO GALLEGÓ



INSTITUTO CULTURAL

Labores

Lunes de 17 a 19

Corte y confección

Martes y Jueves de 17 a 19

Profesora: Señorita Antonia González

Sección Conservatorio de Música

Clases los Miércoles y Sábados de 8.30 a 12

Solfeo y Piano

Profesora: señorita Blanca Villanueva

El Instituto Cultural fué creado para beneficio de los asociados del Centro Gallego de Avellaneda y para el de sus hijos.

Todos y cada uno tienen el derecho de gozar de los beneficios que reporta.

Todos y cada uno tienen asimismo el deber de contribuir a darle vida cada día más próspera.

Nuestra fiesta pro-inauguración y refacciones del Edificio Social

El día 9 del presente mes fué inaugurada la reedificación de nuestro edificio social. La Comisión Directiva y Subcomisiones nombradas por ella vieron logrado su deseo, pues el éxito alcanzado, tanto en la función celebrada el sábado 8 en el Teatro Social, donde se representó la hermosa ópera titulada «Maruxa», el del baile en el Salón alto, después de la función, para los socios y sus familias, y el Xantar del día siguiente, domingo 9, comprobaron la competencia y propaganda desplegada por ellas.

Las Comisiones han querido dar el realce merecido al día mencionado de la inauguración, y para ello habían contratado una de las mejores compañías de la Capital Federal, cuyos componentes interpretaron la obra con gusto y perfección; también la orquesta del baile, compuesta por inteligentes profesores, ejecutaron con maestría varias piezas argentinas, regionales gallegas y españolas.

Estupendo resultó el Xantar del domingo, viéndose desde las primeras horas del día concurridísimo nuestro local social. Era admirado por todos los visitantes, sorprendiéndose que una Institución con un número reducido de asociados, en proporción a la gran población, y una cuota tan ínfima que abonan los socios, tuviese la valentía para decidirse a construir un edificio que honra a

la colectividad gallega, y demuestra el genio y voluntad.

Había en la mayoría de los comensales un gran deseo de conocer y justificar la presencia del Excmo. Sr. Embajador de España en nuestra Sociedad. Todos estábamos ansiosos esperando ver llegar (como la mayor parte de las veces sucede) una figura decorativa o carácter de mando. Sorpresa fué cuando nos apercibimos que ya estaba visitando las dependencias sociales, en compañía del Sr. Cónsul, de los representantes de las autoridades, Presidente de la Comisión Directiva, Vice y varios miembros de la Institución.

Fuimos varios los que dudamos, hasta comprobarlo, que el digno representante de España no era la figura imaginada por muchos, sino el perfecto caballero, en su mirada y trato, su naturalidad en la expresión de su físico y sus modales tan sencillos, son el reflejo de su opulenta cuna, que ha nacido caballero y sabe no debe distinguirse de los demás para bien nacional y humano.

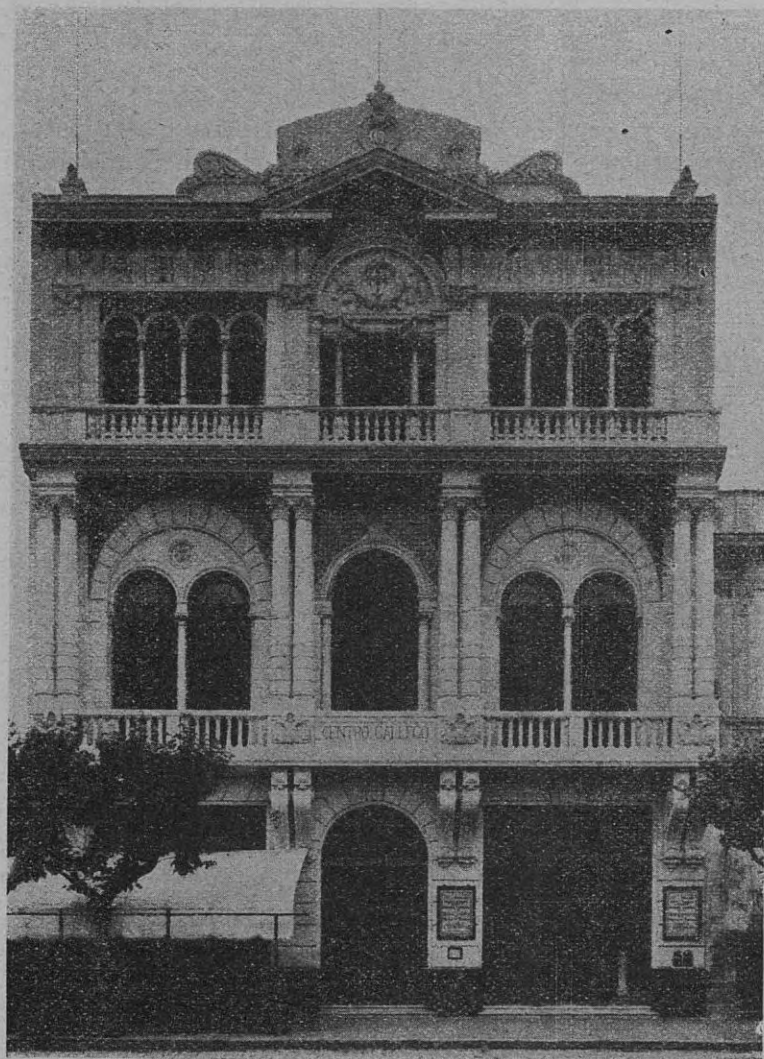
Si la sencillez y naturalidad se reflejan en él, también hemos observado que posee los dones necesarios para dejar bien alto el nombre de España donde se presente.

Llegada la hora del Xantar el Sr. Presidente indicó a los señores invitados, que en grata tertulia estaban en el tercer piso,

tuviesen la gentileza de pasar al Salón Social, para dar comienzo al mismo. Sentada la mayoría de los comensales, hubo necesidad de improvisar nuevas mesas y asientos para dar cabida a todos.

La cabecera de la mesa era ocupada por la mayoría de los invitados; en el centro se hallaban el Excmo. Embajador de España,

cochea, al Gerente y Director del mismo, Don Franco Factorini y Don E. Schnealth, Don Guillermo Mazantti, Presidente de la Sociedad Roma, Don Juan Domingorena, presidente de los Bomberos Voluntarios de Avellaneda, Don Julio E. Descole, Presidente del Centro Comercial e Industrial de Avellaneda, representante del Vice Cónsul de



FACHADA DEL NUEVO EDIFICIO

Presidente del Centro Gallego de Avellaneda, Cónsul General de España, Secretario particular del Sr. Embajador, Vicepresidente del Centro, representante del Sr. Intendente de Avellaneda, Don Laureano Pérsico, Director del «Correo de Galicia», Don José R. Leuce, y representantes de diarios y Sociedades, entre los cuales recordamos haber visto al Presidente del Directorio del Banco de Avellaneda, Don Alejandro Garai-

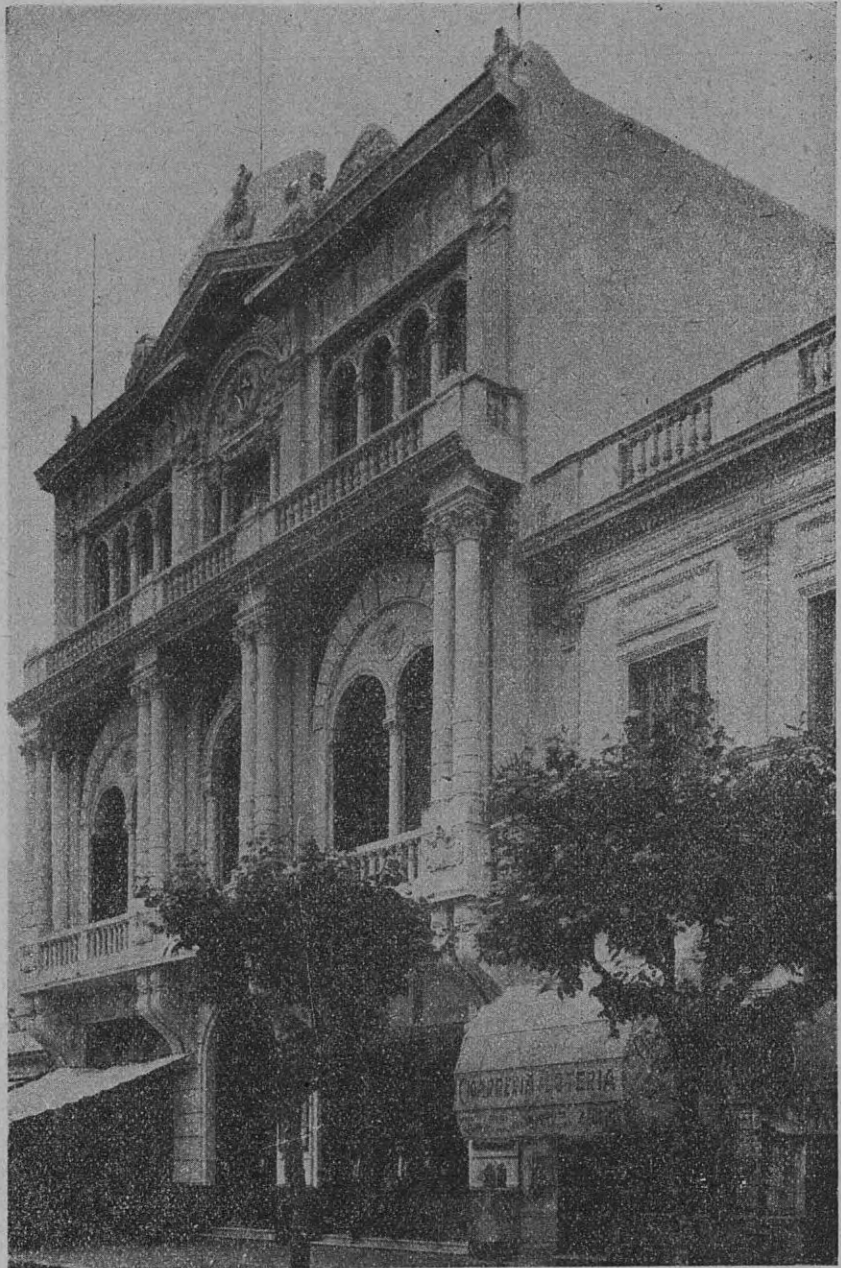
Italia, Sr. Correa, Don Secundino Villares, Presidente de la Sociedad Hijos del Partido de Lalín, Don Serafín Rodríguez Arias, representante del Centro Gallego de Buenos Aires, José Ferradas, Presidente de la Sociedad Hijos del Partido del Son, Don Juan B. Parodi, Presidente de la Sociedad de Socorros Mutuos Sansinena, Don José Girón, del Orfeón Fonsagrada, y representados los diarios «La Prensa», «Crítica» «Heraldo

Gallego», «La Libertad», «La Opinión», «La República», «Ultima Hora» y «Diario Español».

El menú fué exquisito, servido abundantemente y con todo esmero. Se han hecho cortas las horas de mesa y sobremesa por

todos y agradeciendo al representante de España, autoridades y representantes del periodismo y Sociedades, por honrarnos con su presencia en esta fiesta; después de breves palabras anunció que el joven argentino Don Juan Plaza, continuaría en el uso de

NUESTRO EDIFICIO
VISTO DE PERFIL

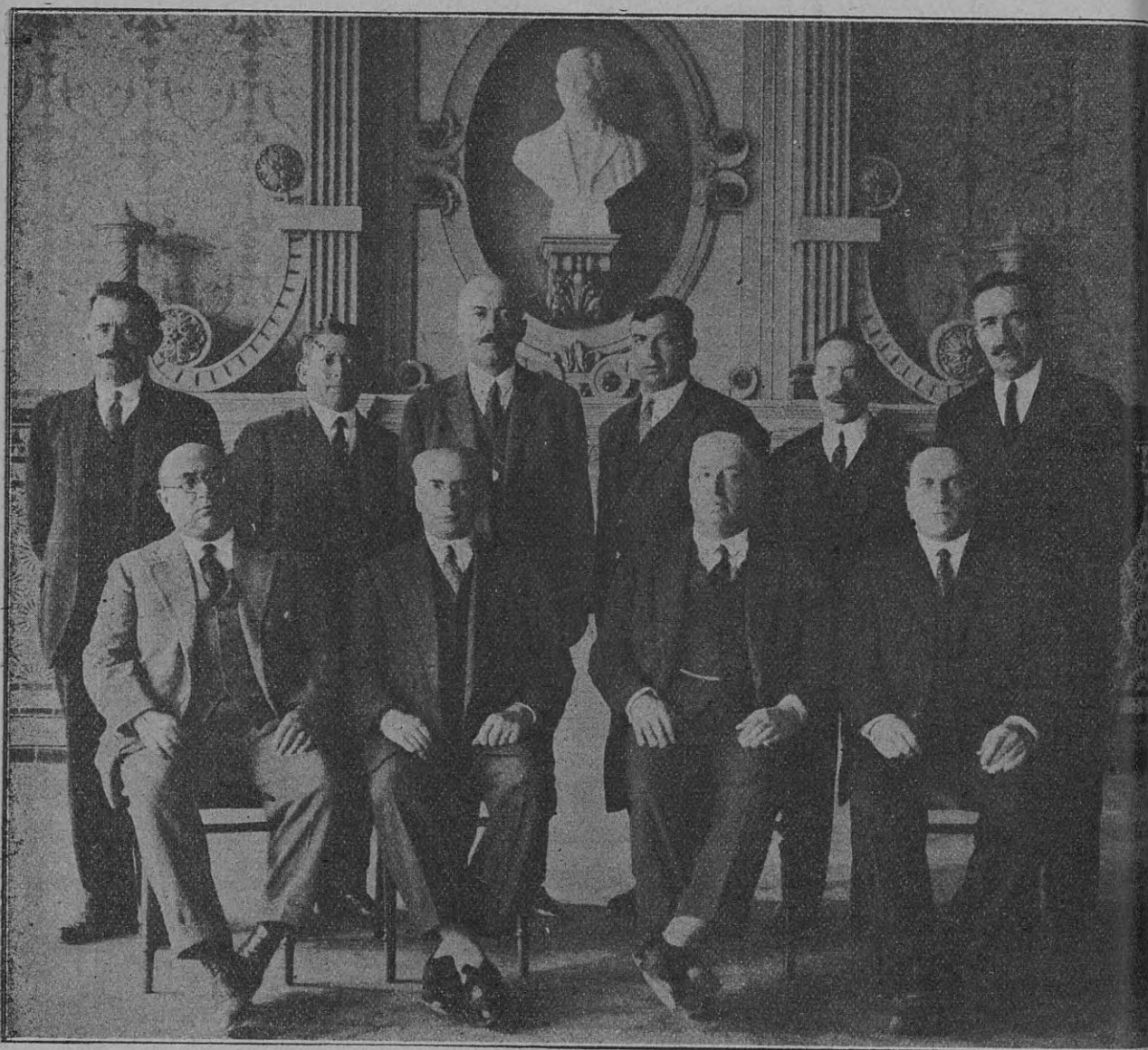


tanta alegría que dominaba a los comensales.

En el momento de servirse el espumante, el Presidente del Centro, Don Eduardo Paredes, hizo uso de la palabra, saludando a

la palabra. El señor Plaza agradeció tal distinción y comenzó su oratoria ensalzando a la Colonia Gallega de Avellaneda, diciendo, entre otros muchos conceptos, que la obra actual demuestra cuentan con hom-

COMISIÓN DIRECTIVA ACTUAL



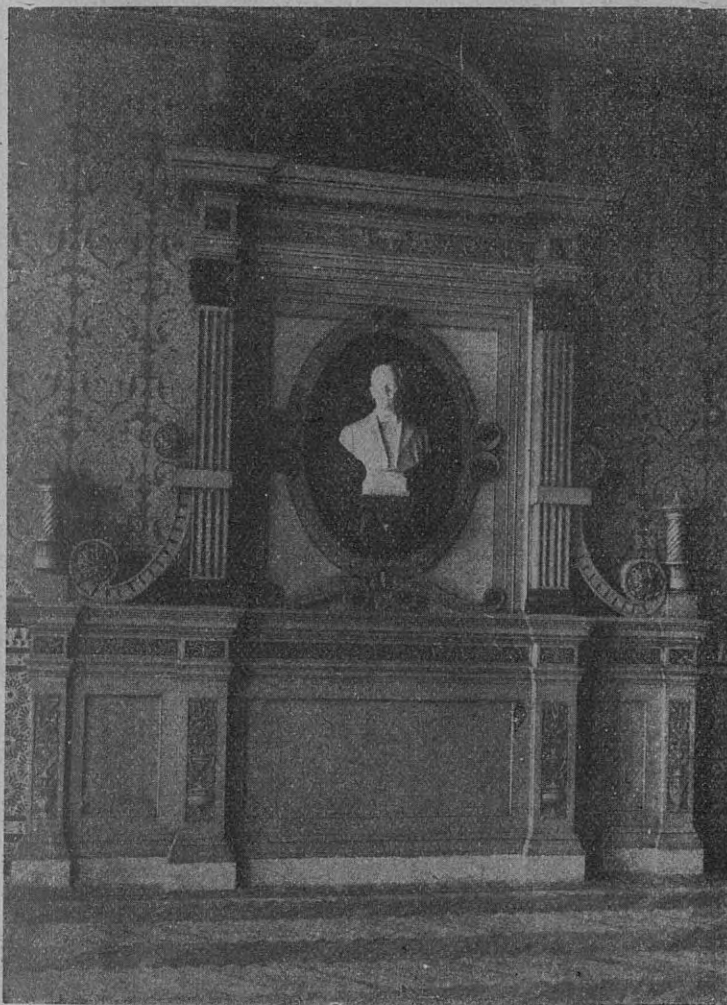
SENTADOS, DE DERECHA A IZQUIERDA: SEÑORES RAFAEL GAYOSO, EDUARDO PAREDES, JOSÉ M. REVOREDO Y LINO PÉREZ. DE PIE, DE DERECHA A IZQUIERDA, SEÑORES JOSÉ RESUA, RAMÓN J. GARCÍA, MANUEL FERNÁNDEZ, ALEJANDRO NOVOA, MANUEL GONZÁLEZ GARRIDO Y CARLOS SITOULA.

bres de inteligencia y constancia, historiado mucho de España, sus hombres e industrias, cosechando grandes aplausos de todos los comensales y siendo muy felicitado.

A continuación y a pedido de los comensales, habló Don José R. Lence, Director del «Correo de Galicia», quien, como siempre, demostró el cariño a la Institución e hizo historia social, recordando al fundador, Don

al ponerse en pie, el Excmo. Sr. Embajador de España saludó a la Argentina y felicitó a la Comisión del Centro, por la feliz idea y terminación del edificio social, mostrándose muy satisfecho al comprobar en los discursos anteriores que el sentimiento hacia la patria estaba bien cimentado.

Demostró la valentía, tenacidad y características de los habitantes de Galicia, his-



Soleo renacimiento con el busto de nuestro primer presidente y fundador D. Antonio Paredes Rey.

Antonio Paredes Rey, alma del Centro, y que hoy, como gratitud y orgullo de la colectividad gallega, tiene a un hijo del señor Paredes Rey presidiendo la Institución.

Dijo también que se enorgullecía al contemplar el progreso de Avellaneda y ver con satisfacción que los hijos de Galicia contribuyen con su esfuerzo al progreso.

En medio de grandes aplausos, tributados

torió algún rasgo valeroso de ellos y alentó para que continúen la obra trazada por los antecesores, que darán muchos días felices como el actual.

Hizo gratas manifestaciones de nuestra España y sus gobernantes, quienes demuestran saber dirigirla, para honra y gloria nacional; tuvo frases y demostraciones de afecto para la Argentina, por quien brindó;

luego por España, por los españoles residentes en este país y por los socios de esta Institución organizadora del acto.

En su improvisación obtuvo una serie de aplausos; a cada párrafo pronunciado era

los comensales, siendo aceptada y aplaudiéndosele por su iniciativa.

Luego habló el consocio Don Francisco Meis, en nombre de los socios del Centro Gallego, describiendo parte de la historia



Portada del salón de fiestas y palco para la orquesta

interrumpido por su acierto e inteligencia.

El señor Antonio Aparicio Sarabia manifestó a los comensales la idea de dirigir un mensaje al Rey y otro al Presidente de la República, con los votos afectuosos de todos

social; recordó al fundador del Centro Gallego, deseando seamos fieles continuadores de su obra, aumentando cada vez más el cariño a nuestra casa y brindó por la Argentina, España y por todos los asociados.

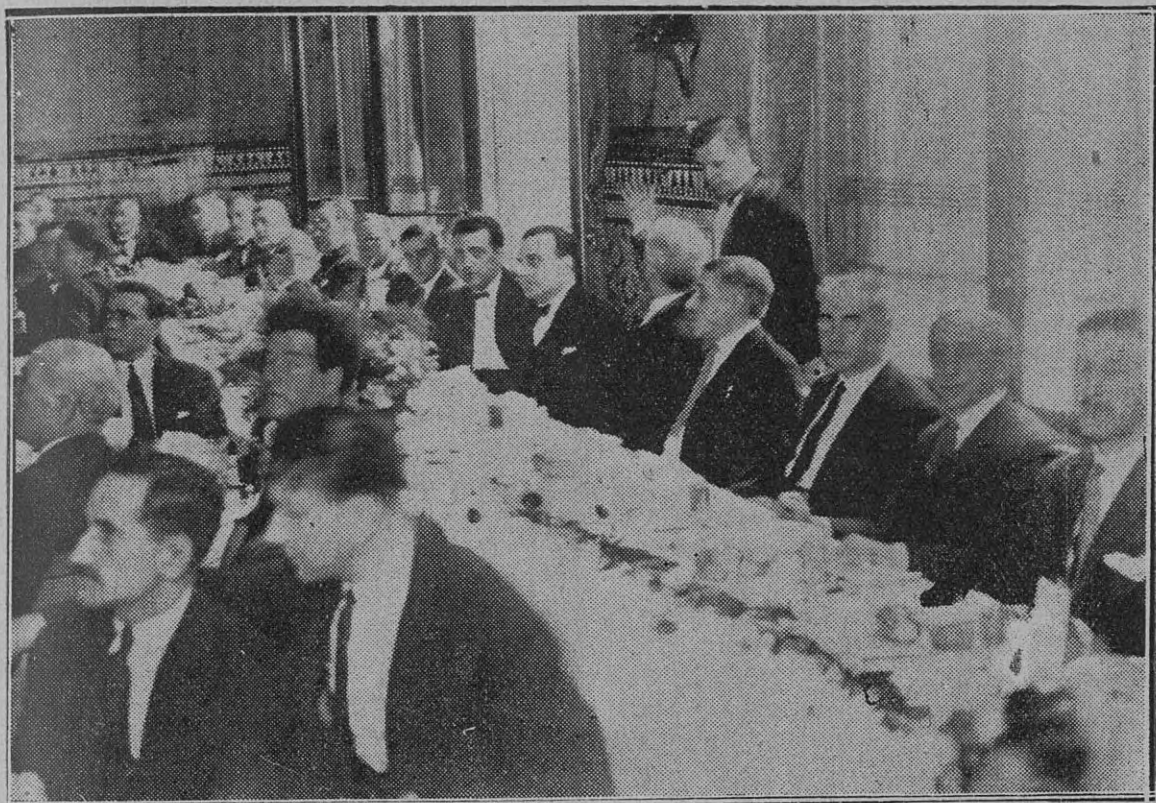
**Saludo que en el día de la inauguración del
edificio social dedica el Señor Salvador
Rapisarda a los socios del Centro
Gallego de Avellaneda**

Soy amigo vuestro, si me es permitido este honor. Tal vez no me conocéis, más justo es reconocer vuestra gentil hospitalidad que me ha sido brindada infinidad de veces en las páginas de vuestro Boletín.

«Airiños, Airiños, Aires,
«Airiños de miña terra,
«Airiños, Airiños, Aires
«Airiños, levadme a ela»

es el que os traigo a vuestro espíritu añorado por el terruño lejano.

Con él quiero significaros que vosotros, gracias a vuestra constancia, habéis arrebatado a la Madre Patria España un pedazo de su corazón, un trozo de su tierra gallega, y lo habéis colocado aquí, entre las paredes de esta casa.



El Xantar.— Cabecera de la mesa

Al compartir hoy de las alegrías y regocijos de vuestra mesa, no he venido para hacer un elogio digno de vuestro esfuerzo común. ¡Para ello harían falta campanas de oro y plata! echadas a vuelo en son de gloria.

Mi emoción en esta palabra débil que se me digna escuchar, os trae un recuerdo emotivo.

Aquel verso sentido de Rosalía de Castro, la suave poetisa compatriota vuestra:

¡Sí, creedme; aquí, bajo el cielo immaculado de mi patria, tenéis vuestro predio de doradas espigas. ¡La viña de rosados sarmientos!

¡El cantar de la moza que va por agua!

Todo lo bello y hermoso que puede decir vuestro recuerdo hacia el patrio lar, está aquí...

¡Por esto, quien haya llorado ante las aventuras del gran Quijote, génesis de nuestro idioma, ya sea hispano o de cualquier nacionalidad, quien haya sentido los sublimes

poemas de Concepción Arenal, o la prosa de la Condesa de Pardo Bazán, recurrirá, sin dñda, al verso de la insigne y dulce Rosalía, porque aunque lejos del campo o villorrio gallego, se sentirá en él, como aquí vosotros!

Que sea él siempre musitado a manera de jaculatoria tantas veces como piséis el umbral de este solar.

Y ahora brindo por la prosperidad del Centro y su Comisión Directiva.

¡Por la felicidad de todos sus asociados y la realización de todas sus nobles aspiraciones! ¡Sea!

El hermoso discurso de Juan A. Plaza

(Como adhesión al homenaje que el embajador de España tributara públicamente a nuestro consocio joven Plaza — que tuvo la palabra oficial en la inauguración de nuestro palacio — publicamos su notable discurso que fuera calificado por el duque de Amalfi de «canto de esperanza y de fe en los grandes destinos de España y de la raza».)

«Señor delegado del Intendente Municipal:

Señor Embajador de España:

Señores delegados de instituciones hermanas:

Señores:

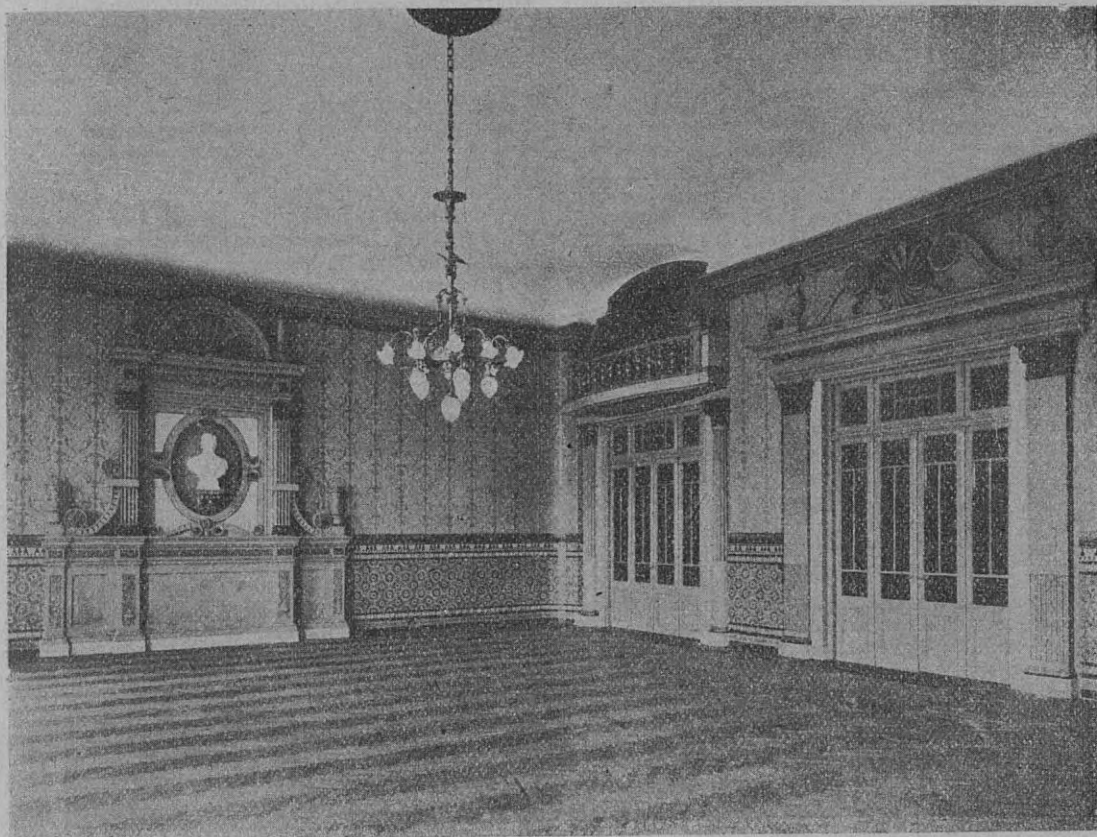
Hace veintiocho años un entusiasta gallego dióse a la tarea de fundar una casa para la colectividad gallega que habitaba esta ciudad. Lo impul-



HALL DEL 2.º PISO

saba a ello el patriótico deseo de que todos los gallegos que aquí agitaban sus afares se conocieran y se amaran. Fundó este centro. Puso tal empeño en levantarlo, en hacerlo grande que nada ni nadie pudieron contener sus entusiasmos. Toda empresa de magnitud encuentra obstáculos, y ésta los halló en exceso. Pero tal amor había puesto en sus propósitos, tanta fe tenía en el éxito final que todas las vallas que encontró al paso jamás fueron freno a sus impulsos, solo

tiene fin. Ya la casa, con ser grande, nos resultaba chica. Fué menester ganar un poco más al espacio, levantar un nuevo piso para estar más cerca del cielo y de la patria. Hoy ya lo véis: hermosos salones y abajo, un moderno y confortable teatro. Todo esto lleva el nombre de Centro Gallego porque así lo desearon sus fundadores, pero de él forma parte quien lo desee: de todos los rincones de la vieja madre aquí hay socios, sus aspiraciones se amalgaman en un mismo



Vista parcial del salón de fiestas

templaron más su ánimo, acicatearon más sus deseos de llegar victorioso a la meta. Pasaron años de ruda lucha — porque lucha era vencer la indiferencia general y entibiar el ambiente. A las comunes tareas de toda comisión aquellos hombres que con Paredes compartían la pesada labor de reunir a la dispersa colectividad cargaban, para ahorrar gastos al tesoro social, con todos los trabajos que fueran necesarios. Los tiempos cambiaron y como prueba de que todo honesto esfuerzo tiene su recompensa, se afianzó la estabilidad del centro. Fueron siendo más los asociados y en consecuencia tuvo que ampliarse el primer edificio. Se construyó uno magnífico de dos plantas. En él se recreaban los socios y sus hijos recibían los beneficios de la instrucción: labores, música, biblioteca, etc. Periódicamente fiestas regionales hacían renacer en él el amor al terruño. Y se siguió avanzando; el progreso no

ideal: vivir unida la colectividad, hacer obras de bien público para que el reflejo de las mismas honre a Galicia y a España.

En el fausto acontecimiento que celebramos debo tener un recuerdo para un gran muerto nuestro: Antonio Paredes Rey. Esta obra es solamente la continuación de la que él inició, se sigue por su misma senda; aquí nadie osa desviarse de ella; su busto, colocado en sitio preferente de este palacio, es guía y lección: guía para los que dirigen, lección para los que dudan.

Señor delegado del Intendente:

La colectividad gallega, que tanto ha contribuido a la prosperidad de esta ciudad y ha prosperado en ella, debía a la misma el homenaje de su admiración y gratitud. Bien sabéis que el español ha sido para el progreso de nuestra tierra uno de sus más sólidos puntales: para el progreso mate-

rial y cultural. Por todo el inmenso territorio se extienden las familias españolas y allí donde están ellas, se prospera. Son gentes de labor. Dan de sí todo lo que poseen, que no es poco: inteligencia, energías, entusiasmos. En recompensa reciben beneficios. Grandes amigos de la sociabilidad, fundan instituciones que al par que lugares de esparcimiento son escuelas y bibliotecas. Los de Avellaneda, con la reinauguración de su local, ven cumplida una de sus más caras esperanzas y se sienten doblemente felices porque la suma de sus mejores esfuerzos contribuye a embellecer a vuestro floreciente municipio: si mucho le deben a él, diciendo de su agradecimiento queda esta casa. Dispone de ella.

Señores delegados de instituciones hermanas:

Cuando regreséis, y porque ha de ser grato al sentimiento hispano, divulgad en el seno de las colectividades que representáis que vuestros hermanos de Avellaneda han levantado un cálido hogar donde ellos se reúnen manteniendo vivo el fuego del amor a España y a sus tradiciones.

Señor Embajador:

Habéis sabido de los afanes de esta colectividad. Decid a vuestro gobierno, que sepa vuestro pueblo que en Avellaneda, la ciudad de la industria y del trabajo, que habitan más de doscientas cincuenta mil almas, los gallegos poseen el más suntuoso palacio, que lo han levantado con grandes sacrificios, sí, pero con mucho amor, y que en el día de inaugurarlos, todos los españoles pensando en España a ella se lo ofrendaron. Decidlo, señor.

Hermanos españoles:

Permitidme ahora que os hable de diversas cosas de vuestra querida tierra. He de mencionar, sin profundizarlas, varias de las causas de su progreso actual; daré cifras y haré alguna cita y vosotros que por ser comensales sois complacientes y por ser españoles sois galantes, sacareis de ellas las mejores conclusiones. Desearía — ya que tendréis el suplicio de soportarme unos minutos — que mi charla sirviera para recordaros algo agradable del lejano terruño. Más si mi anhelo fracasa, si la palabra no alcanza a donde van mis deseos, sabed que tuve el propósito de rociar vuestros recuerdos deshojando bellas flores de aquel jardín inspirador de artistas, de aquellas tierras milenarias de leyendas y alegrías a la que todos con amor llaman España.

Económicamente España va en primera línea entre las grandes potencias europeas. En efecto. Se ha puesto en camino de nacionalizar sus riquezas y deuda externa. Hoy debe a sus hijos más de mil millones de pesetas que antes debía a tenedores de bonos franceses, ingleses, belgas, alemanes e italianos. Igualmente con capitales españoles se nacionalizaron varias compañías de ferrocarriles, de tranvías, de agua, luz y minas. Ha cundido el ejemplo y otras muchas empresas tratan de nacionalizar sus capitales. El beneficio que la nación recibe de ello es sencillamente estupendo. Baste decir que la enorme suma que antes salía del país en pago de intereses y dividendos a los accionistas extranjeros queda hoy en él, nutriendo al comercio español, lo que influye en el bienestar general. La prosperidad de España se extiende a todas sus actividades. Es sorprendente a pesar de lo que dicen sus detracto-

res interesados y pesimistas de nacimiento. Sus industrias se modernizan y se completan. Las siguientes cifras que da Grandmontagne certifican lo dicho. La minería y la metalurgia han producido en el último decenio doscientos millones más que en el anterior. En 1917 la producción fabril metalúrgica importaba 268 millones; el año 22, 460, y el 23 excedió los 730 millones. La explicación de esos saltos comerciales es, sin embargo, bien sencilla. Antes las empresas mineras exportaban la mayor parte del mineral en bruto; otras naciones se beneficiaban al manufacturarlos. Hoy esa operación se realiza en la propia España, para lo cual se perfeccionan día a día los métodos de elaboración. Téngase presente que posee minas de cobre, platino, mercurio, zinc, estaño, azufre y otros minerales. En mercurio es la primera productora del mundo. Y recuérdese que aún no saca al subsuelo todo lo que puede dar debido, principalmente, a la falta de combustibles y transportes económicos. Ello vendrá en breves años más y a medida que las finanzas españolas, tan prósperas en estos tiempos, afianzen su progreso. El día que España pueda arrancarle a su tierra las enormes riquezas que atesora, veremos a su capital diseminado por toda la Europa, ayudándola a recuperar el equilibrio económico que hace tiempo perdió. Y que conseguirá aprovechar de todas sus riquezas, no cabe dudarlo. Dos caminos conducen a ello: los transportes y la electrificación. El problema de los transportes ha sido seriamente encarado y la solución la están dando extendiendo la red ferroviaria y mejorando en forma notable las existentes. En cuanto a la electrificación, el asunto es de importancia vital. No poseyendo combustibles suficientes para alimentar las industrias, debe aprovechar su abundante fuerza hidráulica. Claro está que no basta saber de su conveniencia para que pueda aprovecharse, pero lo cierto es que se trabaja con intensidad en ese sentido y ya en el año 15 existían, según García Miranda, 2847 fábricas de electricidad. Pero la gran aspiración, el esfuerzo máximo tiende a unificar en red nacional toda la energía eléctrica. No es posible imaginar los cuantiosos beneficios que la tal red reportaría a la nación, y como ella va en camino de realizarse, por poco que vivamos alcanzaremos a ver a la industria española colocada en muy alto sitio por su propia valía.

Sus industrias de alimentación abastecen el consumo interno y aún les queda para exportar. Forman entre las principales la vinícola, con todos sus derivados; la harinera, olivarera, azucarera y la de conservas, de fama bien cimentada. Las agrarias evolucionan normalmente. La ganadería va aumentando bastante rápido su stock que ya, en proporción, supera al de varias naciones que le son vecinas. Otras industrias, como la textil y la de productos químicos industriales, están en pleno auge. Abrevio y dejo de citar otras importantes y las de carácter local, porque para dar una ligera idea, que es lo que deseo, del estado de progreso en que se hallan las industrias españolas, sobran con las ya enunciadas. Entretanto se construyen nuevas vías de comunicación: ferrocarriles, tranvías y ómnibus, que hacen viajes a través del territorio de cuatro, cinco y más horas de duración. Se acortan las distancias en toda forma. La obsesión es el medio de transporte. Parece que se han dado cuenta que el resurgimiento de la nación radica, en lo material, en

la facilidad con que los productos puedan ir del punto que sobran a la región que los necesita. Otro de los grandes problemas nacionales es el del riego que, con el de transporte y electrificación, se ha empezado a solucionar satisfactoriamente.

Pero España avanza en compacta columna. Junto a sus industrias y su comercio está la edificación, que va transformando completamente a su capital y principales ciudades. Queda para los que amamos sus cosas antiquísimas el consuelo de que el modernismo no alcanzará jamás a modificar sus viejas ciudades — verdaderos monumentos de conjunto — ni sus bellas aldeas, ni sus reliquias históricas.

Otro paso muy importante, que merece destacarse, ha sido dado en la elevación de la cultura general. Muchas nuevas escuelas y bibliotecas ha creado el Estado, pero muy muchas también son las fundadas por los emigrantes. A las escuelas y bibliotecas súmanse granjas modelos, reformatorios de menores, asilos para huérfanos y ancianos y toda esa secuela de establecimientos tan útiles que la ciencia moderna cree indispensable y que debe poseer una gran nación.

Sus hombres de ciencia se multiplican, imponen sus descubrimientos y teorías. Nuevos artistas nacen para conservar y superar, si es posible, la pesada herencia de las monumentales concepciones españolas. Sus museos se enriquecen y embellecen. Las artes gráficas marchan al unísono con las demás conquistas del espíritu. Los pintores reflejan en sus telas la policromía soñadora del ambiente y los rostros juveniles de sus hermosas mujeres. Canta el poeta las bellezas de su tierra vieja y joven, soñadora y fuerte y eternamente romántica. ¡Qué hermoso espectáculo! Toda la nación en marcha, serena, animosa, camino de la dicha. Nadie queda a la vera, nadie rezagado y todos, como de la mano, la mirada en los altos destinos de la patria, resueltamente avanzan por la senda del bien y del progreso. ¡Qué espléndida visión ofrece al mundo! ¡Qué perenne juventud la suya! Cuando se la creía agotada resurge a la vanguardia de las naciones europeas para estar a tono con el siglo que vivimos y porque siempre fué grande y fué capaz de nuevas glorias! Le sobran energías; son inacabables sus reservas.

Pero una duda había en el ambiente que rozaba el alma. Una sorda acusación que lastimaba. Se decía — y si no decía se pensaba — que España, que parió veinte naciones y las nutrió con sangre de su sangre, que descubrió nuevos mundos, que llenó la historia con hazañas gigantes y que al mismo mar venció con la audacia de su genio, se pensaba, se decía, que se le habían terminado las fuerzas que movían sus acciones. Extenuada España? ¡Nunca se dijo desatino peor! Pero era necesario demostrar su pujanza. ¿Qué hacer? No quedaban nuevas tierras por descubrir. Se vive una era de paz. Hoy repugnan las conquistas del sable y se admiran las de las ciencias. Y en ese terreno precisamente hacía falta realizar algo grandioso que conmoviese el orbe.

... Y al amanecer de un nuevo día, desde el mismo punto de donde partieron La Pinta, La

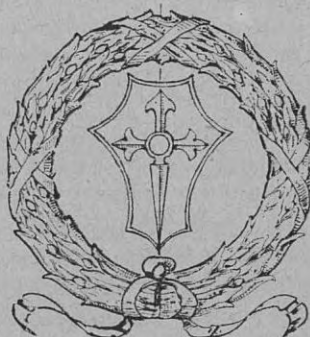
Niña y La Santa María, cinco siglos después se remontaba el Plus Ultra para traer en sus alas imbatibles por sobre los mares un beso de la madre patria y advertir al mundo, con el ronquido formidable de sus motores, que el espíritu aventurero de la hispánica raza no había muerto. ¡qué había de estarlo si sólo descansaba, estudiando la más temeraria de las aventuras para lanzar a ella a uno de sus hijos predilectos que supiera ser Quijote y cumplir con la consigna! Señora del mar y de la tierra, España se consagró por la proeza de su hijo en soberana del espacio.

Si para demostrar que siempre existía su principal virtud de aventurera romántica y heroica, hacía falta realizar algo estupendo — soñado por muchos, alcanzado por nadie — ahí queda el puente que de España a América tendió su avión por primera vez en la historia del mundo y de los hombres. La descubrió por mar, la conquistó y civilizó por tierra y la bendijo desde las nubes!

Por muchos años será su prodigioso vuelo el más alto exponente del heroísmo y abnegación humana. Es hora de que sepan los que aún dudan que España entre otras muchas cosas es hoy lo que ha sido y será siempre: cuna de trabajadores, de artistas y de héroes. ¡De héroes de talla enorme!

A intento he echado una rápida ojeada sobre la situación espléndida de la nación madre de nuestra raza. No está en decadencia, no puede estarlo porque a través de los siglos mantiene firmemente sus principales modalidades; porque acelera con su genio el ritmo del progreso universal. Raza trabajadora, infatigable, fuerte, sus hijos doquiera se hallen denuncian con obras la ascendencia del viejo tronco ibérico. Esta casa, no es el fruto de la improvisación ni del azar, sino consecuencia de aquella virtud creadora de la raza que le diera brillo y que le dá realce.»

Nota. — En números posteriores iremos publicando las distintas opiniones de los diarios y revistas locales y de la Capital, referentes a la inauguración de nuestro edificio social.



O SACRETO D'A CONFESION

Por M. Rodríguez Méndez

Para el Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda.

Supono que todos os meus leutores tein por sabido, ou caudo menos, por oído, q' o sacreto da confesión e algo impenetrable e sagrado, que nada nin naide pode descubrir. Así no lo dixeron nosos padres e nosos abolos y así no lo decía tamen o señor cura, pra animarnos a contarlle todos os pecados en q' incurriésemos de obra, de palabra ou de peusamento, e muy especialmente cando desd' o púlpito aseguraba q' un sacerdote nin diante d' o patiblo pode revelar o sacreto confesional; non habendo xusticia nin autoridá humana q' a eso o podan obligar.

E como este señor cura era un d' aqueles cuyas obras non desdicen as palabras, sempre que conservan a cabeza e non «perden os estribos, veredes a heroicidá» y o estoicismo con que gardab' o sacreto das confesiois, privadas e públicas, quelle facían as feligresas.

Certo domingo en q' o parecer no nas tinha todas consigo o noso erego dispúxose a aburrir os feligreses c' unha práctica d' as acostumbradas; e escollen un tema que lle fora sugerido sin duda por algun fracaso de pol' a semana e que se relacionaba c' a honradez d' as nenas da parroquia, q' el vigilaba cal un verdadeiro e celoso pastor d' almas... e de corpos.

A xuzgar po lo tono subido con que dixo as primeiras palabras, pol' o fruncir de ceaxas e de labios, e pol' o exercicio característico d' os seus músculos capilares, aquel día prometíanse gordas a destra e sinestra. E en eteuto, o sacerdote ofreceu o auditorio a comprobación mais concluyente d' o inviolabilidad do sacreto confesional, tras d' unha andanada de reprensiois e dicitérios, pol' o desprecio que d' a sua honra tinhau, o decir d' él, muitas mulleres d' a parroquia, de ter conecemento o señor obispo de tan extraordinaria oración, ouber' ol declarado fora de concurso en canto a maneiras e modos de euudar e guiar a grey parroquial.

En tal ocasión demostrou o celoso erego conecementos realmente extraordinarios n' o campo da teología y unhas teorías que lle valerían unha pedrea n' outro lugar menos

acoquinado e mais desperto. Figuraivos que n' un párrafo en que tratou con calor a organización d' a familia y os preliminares d' a matrimonio dixolles paternalmente os mozos: «cando penséis en casarvos, antes de facelo aconsellaivos comigo, porque eu sey beu unde ta a honra y a deshonra en tr' as rapazas d' a parroquia...»

Como vedes, meus amigos leutores, o caso era como pra animar as referidas nenas a irlle contar o erego as suas debilidades e raspés...

Enero de 1927.

—o[]o—

CASTAÑUELA

La maja más chula,
La chula más maja,
Que tiene salero
y sangre de fuego:
La de ojos muy negros
como el azabache...
Nacida en Sevilla
cerquita, muy cerca,
Del Puente de Triana
¡Es la castañuela!
Mujer que vistiera
las telas de Goya
con luces y flores,
Mujer que gloriosa
triunfante y garbosa
barrió con el fleco
del regio mantón,
La Plaza de Toros
o un viejo tablado
de un baile gabacho.
al son del pandero
Entre el piquetreo
de su Castañuela..
El vals, el schottis,
La jota y el «jondo»
y la malagueña
o la sevillana,
requiere tus besos
reclama tus gracias
tu garbo y tu sal,
de mora y gitana!
¡Oh chula, mi chula,
mi maja moruna,
que cantas y bailas
con loco donaire
golpeando mis manos...!

Salvador Rapisarda.

DIVAGACIONES

LEMBRANZAS

Mediaba el mes de diciembre. El viejo matrimonio, sentado en el escaño, al lado de la «lareira», desafiaba la tempestad, que como una fiera por descargar su cólera, rugía afuera, amenazando derribar la vieja casona en medio de la oscuridad de la noche.

El, con sus cabellos blancos y su amplia frente arrugada por la vejez, un poco encorvado, puestos sus oscuros lentes, con el periódico en las manos, leía en voz alta las noticias de la guerra, bajo la tenue luz de un candil de aceite.

Ella, hacía calcetas, mientras escuchaba atentamente la lectura del periódico.

—Bailanme as letras, María, xa non vexo ben; — dijo él en tono triste, abandonando el periódico. — ¡Setenta e oito anos! — añadió, después de una breve pausa.

—¡Sí, Manoel, como pasa a vida! — dejando de hacer calceta y acercándose a él.

El perro, que estaba tendido a lo largo de la lareira, irguióse y fué a sentar delante del matrimonio, descansando el hocico en el regazo de ella y lasciéndole ambas manos.

—¡Muley! — dijo ella, agradecida, pasándole la mano sobre la cabeza. — Estate quieto, deitate alí, anda — señalándole un lugar — non seas pesado, quítate.

Proviño — murmuró — sempre tan fiel, tan cariñoso, e como si fora un fillo. Cando me ve triste arrímase a min e pásame a lingua pol-a cara, parece mesmo que quere chorar.

— Cántos anos fai que o temos, Manoel?... ¿Non contestas? ¿En qué pensas? ¿Encontraste mal? — cogiéndole la mano izquierda y acariciándosela entre las suyas.

—Non, María, non teño nada... ¿Sabes qué día e hoxe?

—¡Hoxe! — ¿Por qué — contestó ella.

El se acercó a su fiel compañera y pasándole el brazo derecho por encima de los hombros y atrayéndola hacia sí, mientras que con la otra acariciábale el rostro, díjole quedamente y mirándola con dulzura y con cariño:

—Pois hoxe, Mariquiña, fai coarenta e oito anos que nos casamos.

—¡Verdá que sí, Manoel; o dez de diciembre...! — y ahogó un suspiro al pronunciar estas palabras.

—Inda m-acordo do día en que che din o primeiro bico; foi a-o vir da festa do Cor-

pus, na revolta do Camiño que vai pra Pentes.

—Tamen levache unha boa bofetada por atrevido — dijo ella, ruborizándose un poco y esbozando una sonrisa.

—Sí, María — exclamó él — ¡queriache tanto...! ¡eras tau bonita...! que non resistin a tentación.

—Xa o sei, Manoel, xa o sei que me querias, por eso che perdón.

—Teño frío, Manoel, non me quites o teu brazo dencima.

—Non, Mariquiña, non; deixame recordar aqueles tempos felices, aqueles tempos nosos, cando íbamos as romerías; ti, arrogante, desafiando as demais co-a tua beleza e co-a tua bonitura: eu... tampouco era feo.

—Non por certo — exclamó ella, velándosele los ojos de lágrimas. — Eras millor mozo do pueblo; eras alto, guapo, forte, todos che temían pol-a tua valentía.

—Sí, certo — dijo él — pero ahora somos velliños, xa non valemos pra nada, queridiña, ahora sólo nos resta aguardar a morte que nos levará d-un día pra outro; — mirando el reloj — son as doce y media, compañeira, vamos a cama, a soñar co-a vida que nos levou a nosa xuventú.

Ella llora silenciosamente, evocando quizá aquella fecha que con el hombre que ahora la estaba tratando con toda clase de ternuras, se unió para toda la vida.

—Se levantan; él la abraza imitando a sus años mozos, y mientras que con el pañuelo le seca las lágrimas, dícele con voz un poco temblorosa por la emoción:

—Non chores, muller, nos xa vivimos a nosa xuventú, xa nos divertimos bastante; así e a vida: primeiro xóvenes, despois vellos. Todos esos mozos que ríen e xogan, todos alegres, quizáis non cheguen a nosa edad.

Dale otro beso en la frente, y abrazándola más fuerte contra sí, vanse hacia la habitación, llevando ella en la mano temblorosa el candil del aceite, mientras que con la otra abraza a su Manuel...

El Conde de Rivera.

Nos es muy grato participar a todos los asociados, que las páginas del Boletín Oficial se hallan como siempre a disposición de todos y cada uno de ellos; agradeciendo cuanta colaboración quieran remitir a la dirección del mismo, en el local social.

AMOR DE INDIA

Cuento de MARY CLAY

Los cuatro comensales del pequeño hotel de Alemania habían acabado de almorzar. La sobremesa, como de costumbre, fué larga, y sólo la abandonaron para dar cabida a la numerosa familia del hotelero, que se sentaba a comer una vez servidos los parroquianos. Como de costumbre, también Ponce, el telegrafista, salió de la pieza disputando sobre política con Miglione, el jefe de estación; mister Charles, seguido de su perro, fué a fumar su pipa al corredor; y Roberto Castro, el agente viajero, tomó un periódico, sentóse a horcajadas sobre una silla, y se dispuso a leer, procurando abstraerse de la charla vacía y monótona de las cinco hijas del dueño del hotel.

Afuera sólo se sentía el ruido rítmico y profundo de una locomotora que hacía vapor, y que los cerros repetían agrandándolo. El sol brillante y limpio no lograba calentar el ambiente, y aves y cuadrúpedos se alejaban de la sombra temiendo el frío.

Roberto se levantó. Las moscas no lo dejaban leer. Dió un «buen provecho» y saliendo al corredor se recostó en un parente, prendiendo un cigarrillo. Mister Charles, sentado en la pequeña escalinata que daba a la calle, fumaba tirando de las orejas a su «Wolf».

Por centésima vez se devanaba los sesos el agente viajero preguntándose qué fin llevaría a sus jefes para enviarlo a esas desoladas regiones, con orden de visitar los principales pueblos de sus valles. Hacía cinco días que se encontraba en ese caserío, límite del Ferrocarril Norte de Salta, y el mal tiempo lo tenía varado, impotente, obligado a mirar de continuo el traje kaki del inglés, y las cinco escurridas melenas de las cinco cloróticas hijas del dueño del hotel.

El día anterior todavía, Gabino, el «chiqui» de la Compañía Irrigadora de San Carlos, que llegara con correspondencia urgente de Los Sauces, le dió noticias poco tranquilizadoras. Salir con ese tiempo era exponerse; por abajo, el río lo arrastraba todo; por las cumbres, el camino nunca había estado más «fiero». Y ¿qué hacerle?... Lentamente se acercó a mister Charles. En su infortunio, halló un refugio en ese inglés, delgado y seco, que contestaba a todos sus desahogos con un «yes» incoloro. Sólo sabía

de él que cateaba minas petrolíferas por cuenta de una poderosa empresa yanqui, y que en esas andanzas había llegado hasta Alemania.

—Mister Charles, ¿quiere dar una vuelta a caballo?

—No, gracias. Mi tiene que pensar toda la tarde completamente solo.

Al principio, los paseos de Castro se reducían a cabalgar un par de leguas, ascender una montaña y contemplar el paisaje, sentado sobre un picacho; después se aventuró más lejos. Tomando el camino de la sierra, seguía las laderas abiertas de los cerros, y que serpenteaban obedeciendo los caprichos del río. Siempre, al llegar a un rancho, buscaba a sus moradores procurando charla, obsequiando cigarrillos, y concluyendo las más de las veces por apearse y aceptar un mate, o un buen trago. En contadas ocasiones consiguió que mister Charles lo acompañara; pero, a la larga, desistió de llevarlo; el carácter poco expansivo del inglés asustaba a los indígenas, restando al agente viajero las simpatías que por su locuacidad y modales inspiraba.

Una tarde se internó por una quebradita que cortaba el camino y que un arroyo vo-cinglero cubría de helechos y enredaderas. Caminó unas cuantas cuadras, descubriendo de pronto un campito bien sembrado, a cuyo fondo una casita rústica y limpia lucía al sol su techo de barro matizado por paños de ajíes, ya rojos, ya amarillentos. En su frente, varias gallinas dormían o picoteaban entre enormes tinajas y blancos primitivos. Aperos, utensilios domésticos, útiles de labranza, se ofrecían colgados o recostados en las paredes. A la izquierda del rancho, un horno de pan parecía escudriñar con su único ojo al intruso viajero.

Castro avanzó unos metros rodeando la casucha. Dos mujeres: una anciana y una niña, sentadas frente a unos talaes, tejían en silencio, haciendo correr el huso entre los dedos con una rapidez prodigiosa. El joven se aproximó más. Ante el ruido, dos perros se despertaron y empezaron a ladrar furiosamente. Las mujeres se dieron vuelta, cesando el trabajo. Vió Castro que ambas cuchicheaban, y que por último la niña se levantaba y se dirigía hacia él. Al acercarse, notó que se había equivocado: la india bien podría tener unos diez y seis años. Delgada y esbelta, poseía dos hermosísimos ojos negros, sombreados por pestañas larguísimas; y al sonreírse mostraba dos hileras de dientes blancos y pequeños. Se detu-

vo a prudente distancia y observó al viajero con curiosidad.

—¿Es cierto que vendes ustedes ponchos de vicuña? — preguntó Roberto, a quien la vista de los telares sugirió ese tema para entrar en conversación.

—Tía — gritó la joven a la anciana. — Un señor buscando a la tata.

Mientras la tía se acercaba lentamente, la indiecita hizo callar a los perros. Castro bajó de la bestia, saludó sonriendo y dijo:

—Me indicaron en la estación que ustedes hacían ponchos, y quería ver algunos para comprar.

La viejecita lo miró un momento, con esa desconfianza innata en los indígenas, y luego contestó:

—Mi cuñado anda aquisito nomás. ¿Si quiere esperarlo el señor?

El viajero no se hizo repetir la invitación, y atando su caballo a un árbol, siguió a la mujer, quien lo sentó cerca de los telares, mientras ambas reanudaban sus labores.

Para Castro no fué difícil romper el hielo. A los pocos minutos su locuacidad e intrepidez habían ganado la simpatía de la anciana, alabándole el rancho del arroyo, los campos; hasta el aspecto de las gallinas y el pelaje de sus perros. La indiecita lo miraba de soslayo, asombrada. Nunca había visto un traje tan elegante, ni un hombre tan buen mozo. Castro, halagado, se dejaba admirar, y hasta bien entrada la tarde permaneció en el rancho, seduciendo con su franca sonrisa a las dos mujeres, y al dueño de la finca, que aunque llegó atrasado, se vió envuelto inmediatamente por las maneras y la afectuosidad del comprador, quien le prometió regresar al día siguiente para tomarle algunas prendas.

Esa noche, en el hotel de Alemania, mister Charles no disimuló su asombro ante la alegría que alentaba al joven camarada, y sobre todo, ante las dos copas de whisky que aquél le convidara sin motivo aparente.

Desde aquel día poco tuvo que fatigarse el caballo que Castro montaba. Si le hubiesen faltado las riendas, lo mismo se habría dirigido, con paso firme, al ranchito de los telares, donde una indiecita alegre y linda lo recibiría a diario, dándole, cariñosa, pienso abundante y sombra amiga. Su amo, sentado en un toseco banquito — que a él se le antojaba sillón de muelles — pasaba las tardes charlando entusiasta, olvidándose de las horas, sin más auditorio que las dos mujeres, y a veces, Morales, el dueño de la casucha, quien, inquieto al principio, fué

acostumbándose poco a poco a mirar sin recelo a ese intruso, que no sólo no interrumpía los quehaceres de su gente, sino que la beneficiaba de mil maneras. Desde el día de su descubrimiento, Castro inundó el ranchito de cuanto objeto vistoso o llamativo pudiera deslumbrar a sus moradores. Cintas, perfumes, zapatos, alhajas de fantasía; todo el escaparate de la tiendecita del hotel fué trasladado a la casa de los telares, donde las dos mujeres, desde que oían el ladrido de los «cuzeos», salían presurosas a recibir a su amigo, quien, como prestidigitador inteligente, sacaba de todos sus bolsillos sorpresas y regalos, cuya importancia y fuerza sabía graduar midiendo el efecto que producía en sus protegidas.

Personalmente colocaba los aros, las sortijas, exigía que ahí mismo se probaban las medias o el calzado; y una vez vestidas, las hacía caminar, dar vueltas, colocándose a distancia y haciendo indicaciones inteligentes sobre el grosor de un moño o el largo de una falda.

Desde aquel día también la vida de Rosa — la indiecita — se había trocado en un ensueño. Su débil cerebro, poco acostumbrado a reflexionar, aceptaba los hechos como sobrenaturales y milagrosos. Jamás, ni aun en las carreras más locas de su fantasía, habría imaginado que alguien se preocupara por ella en esa forma y con ese celo. Se veía festejada y halagada más allá de lo que sus ansias y su mundo le permitían entrever; y dormida o despierta, no tenía pensamiento sino para ese Dios, apuesto y elegante, que había convertido su vida en un paraíso, y a quien sentía todas las tardes muy cerca de ella, chacoteando travieso, mientras ella lo observaba atónita, deslumbrada, con esa adoración medrosa y ciega que infunden siempre a sus creyentes todos sus ídolos.

Una tarde el viajero le llevó un collar. El padre y la tía estaban ausentes. La muerte de una comadre, acaecida en una aldehuela cercana, los había obligado a dejarla sola. Fuera del rancho un «coya» limpiaba las tierras para el próximo riego. Nunca había estado Rosa más bella; la transformación operada en su indumentaria y en su espíritu parecía comunicarle más gracia a su risa y más brillo a sus ojos. Después de abrocharle el collar, Roberto la tomó de ambas manos, contempló su cuello y la contempló a ella. De pronto, sin medirse, la oprimió entre sus brazos y la besó en la boca. Rosa logró escurrirse, retrocediendo, atónita.

Castro permaneció en el sitio, mirándola sereno, tiernamente. La indiecita, sin proferir palabra, quedó largo rato observándolo: luego, despacio, enlazando sus manos a la espalda, avanzó hacia su Dios; echó atrás la cabeza y, cerrando los ojos, le ofreció sus labios.

Esa misma noche, míster Charles, enterado por todo el hotel de las excursiones amorosas de su amigo, lo sacó al corredor, después de la comida; sentóse en la escalinata, según era su costumbre, cargó su pipa, y tirando las orejas de su perro, empezó así:

—Míster Castro, mí quiere usted mismo cuenta esa historia que todo el mundo está contando.

—¡Oh, míster Charles! — contestó Roberto sonriendo. — La gente habla porque le da la gana. Como nada tengo que hacer, me distraigo... Un pasatiempo. La chinita es linda y la festejo. Eso es todo.

El inglés quedó pensativo un momento; luego, sin mirarlo, insistió:

—Eso todo está poco correcto. Usted no será uno niño, Castro. Saber perfectamente cómo concluir siempre festejos con chinas lindas.

Levantóse, y poniendo una mano sobre el hombro del agente viajero, concluyó:

—Mí siente uno grande simpatía por Vd., Roberto. Muchas mujeres haber en mundo para pasatiempo. Mí sabe esa india ser buena niña. Usted está pensando ¿qué va a ser de esa china linda cuando usted tiene que salir de Alemania?

Charles aguardó un momento la respuesta; como Castro callara, con calma retiró su mano, volvió la espalda y encendiendo su pipa, bajó a la calle.

Días después llegaron los guías que debían conducir al agente viajero, y por dos semanas permanecieron inactivos en el hotel, esperando las órdenes del patrón, que con fútiles pretextos postergaba la partida. Pero una mañana, muy de madrugada, los despertó presurosamente, alistó sus valijas, arregló sus cuentas, y sin avisar ni despedirse de nadie partió hacia el Norte.

Al día siguiente los comensales del hotel se agruparon estupefactos, viendo entrar por la puerta del comedor a una indiecita bella y bien trajeada, que preguntaba, llorosa, por el viajero. La sorpresa enmudeció por un momento a los circunstantes; pero el inglés, adelantándose hacia ella, la tomó de la mano, la sacó fuera, y después de indicarle el rumbo hacia el que, según los

guías, se dirigía Castro, se puso sinceramente a su disposición.

Jugaba esa noche el agente viajero una violenta partida de «pocker» en el miserable comedor de la miserable fonda del pueblo de San Carlos, cuando entró en la pieza el turco Alegre — propietario del infecto mesón — avisándole que lo buscaba urgentemente un muchacho que acababa de llegar de Alemania. Malhumorado, tiró Roberto las cartas y salió a la calle. Recostado en el quicio de la puerta, sumido en la penumbra, un mozalbete lo esperaba. Sin interrogarle, aquél le dijo: — «Vení» — y lo metió en su cuarto; pero una vez que la puerta se hubo cerrado, el muchacho se abalanzó sobre su cuello, y llorando y besándole, empezó a llamarlo con los más dulces nombres. Castro, hondamente asombrado, sólo atinó a quitarle el sombrero, y el negro y abundante cabello de la indiecita se esparció por sus hombros.

—¿Por qué me mentiste? ¿Por qué me abandonaste? — profería entre sollozos la infeliz. — ¿Qué te hice yo? ¿Por qué me huíste?... No puedes dejarme, mi Roberto. Ni como, ni duermo, ni pienso. ¡Tú eres mi vida! Si me faltas, te juro que me mato. Seré tu sierva, tu esclava; me cortaré el pelo y seré tu muchacho. Arreglaré tus cosas, cuidaré tu caballo, te limpiaré la ropa; haré todo, todo lo que me mandes; pero ¡por Dios no me dejes, mi Roberto; no me dejes!

Castro, aturdido aún, se dejaba acariciar, como un autómatas. Por largo rato siguió hablando la joven. Las quejas de su amante iban filtrándose gradualmente en la conciencia del viajero, quien de pronto, humillado y vencido, tomó la cabeza de su Rosa, la acercó a sus ojos, y la cubrió de besos.

Desde aquel día comenzaron juntos una larga peregrinación por pueblos y aldeas. Roberto se permitía el lujo de viajar con un ayudante, que lo secundaba inteligentemente en sus labores. Pero si el cuerpo delgado de Rosa se prestaba al engaño, su rostro delicado y su timbre de voz le ofrecían de continuo amargos incidentes, que salvados por Castro a fuerza de molestias y energía, eran olvidados luego ante las manifestaciones de abnegación y amor de la joven.

De esa suerte vivieron varios meses saltando, como gitanos, de un punto a otro. Para Rosa, encariñada cada día más con su amante, la vida era un sendero delicioso, lleno de sorpresas; para él, no; la farsa de su situación y la responsabilidad y peligros

que le acarrea no le permitía apreciar sus encantos, y antojábasele el camino una cuesta bravía, a la que tenía que subir arrastrando el pesado fardo que lo ataba.

De vuelta ya, se encontraron en un pueblecito, a las puertas de Salta, con mister Charles, que hacía observaciones por los alrededores. El inglés recibió a la pareja con afecto; y en los pocos días que estuvieron juntos procuró captarse la simpatía de la joven, logrando ser su confidente y su amigo.

Desde que se acercara a la Capital, el carácter de Roberto se hacía cada vez más variable y díscolo. En Salta terminaba la misión que se le encomendó, y sin ese pretexto, el ayudante tenía que transformarse en mujer. ¿Qué hacer entonces? No era fácil ocultar en una ciudad pequeña a una querida linda y joven. Además, allí tenía familia, relaciones, ¿no le complicaría su posición y hasta su porvenir las consecuencias de un error? Consultó con mister Charles. Después de fumar su pipa, el inglés le aconsejó que se calmara; que él ofrecía acompañarlos a Salta, donde se hospedaría con Rosa en un hotel, haciéndola pasar como sobrina.

Mí hacer eso por Rosa — concluyó mister Charles. — Esa chico vale más que usted, Roberto. Si todos indias tener corazón como Rosa, mí quiere casa con una india.

Y a Salta llegaron; y si al principio el atractivo de la nueva situación hizo suponer que la luna de miel se reanudaba, pronto vino el hastío en Roberto, quien fué distanciando gradualmente sus visitas, hasta sustituirlas por simples esquelas, donde nunca faltaba un cobarde pretexto. La indiecita se sentía morir. Eran vanos los obsequios y atenciones de Charles: el instinto le advertía que su ídolo la abandonaba esta vez para siempre.

Una tarde llegó la carta fatal... Un viaje a Buenos Aires le impedía verla. Hacía la promesa de escribirle desde allí y le rogaba que tuviese confianza en él, pues nunca podría dejar de quererla...

Al romper el sobre habían caído unos cuantos billetes...

Durante una semana un médico visitó a diario a un enfermita del hotel Los Andes, que atacada de alta fiebre luchaba con la muerte. Y durante esa semana se vió a un inglés, sentado día y noche, a la cabecera de la paciente, sin desprenderle la mirada. Una mañana el médico declaró a la enferma fuera de peligro. El inglés estrechó con violencia la mano del doctor, sacó luego su pipa, olvidada siete días en el bolsillo de su americana, llamó a su perro y mientras fumaba se entretuvo alegremente en tirar las orejas del can.

Dos años después, en Buenos Aires, caminando una tarde por Florida, tropezó Castro con una hermosa joven de porte airoso y elegantemente ataviada. Su intenso parecido con Rosa le sorprendió. Sin medirse, se dió vuelta y le siguió los pasos. Era esbelta, de una silueta fina y atrayente; su rostro, casi oculto por el sombrero y el abrigo, sólo permitía descubrir un par de ojos enormes y negros. ¿Sería ella? Le parecía más alta. Además, era absurdo suponer que su indiecita pudiera transformarse tan rápidamente en esa flor de distinción y de lujo. Por un momento le pareció que ella había advertido su presencia y que lo miraba de soslayo. Caminaron varias cuadras. Por relación, sin querer, le asaltaron a Roberto recuerdos de Rosa. Desde que la dejara, un cruel remordimiento atormentaba su vida. Había procedido con ella como un canalla. Cuando meses después regresó a Salta, sólo le indicaron que su amiga había estado a la muerte y que había desaparecido, no se sabía hacia dónde, con el inglés.



Encerado de pisos

Y LIMPIEZA DE
CASAS EN GENERAL.

los efectúa con gran esmero y a precios sin competencia, la empresa

“LA COSMOPOLITA”

O'GORMAN 48

U. T. 22 - Avellaneda 7223

de

E. Varguez

AVELLANEDA

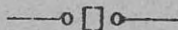
La elegante desconocida se paró ante una puerta, dió tiempo a que Castro se aproximara, y cuando éste estuvo cerca, le dijo: «¡Sígueme!». Roberto quedó estupefacto: ¡era ella! Subió, embriagado, la escalera. En el primer piso el joven tocó el timbre y salió una criada. Castro entró en un saloncito y esperó allí. A los pocos minutos, su Rosa — la indiecita — le tendía las manos, llorando mansamente.

—¡Cuánto he soñado con este día, mi Roberto! Nunca te he olvidado, ni te he dejado de querer. ¡Hasta que me muera, sólo tú reinarás en mi corazón!

Y como Castro, apasionado, intentara acercársele, Rosa lo contuvo tristemente:

—Si aun me quieres hazme digna. Soy la esposa de Charles, tu amigo. Vengo de Europa, donde me ha hecho educar ampliamente. Todo se lo debo. Por desgracia, no puedo arrancar de mi memoria tu imagen, y eso me impide recompensar su cariño como ansío y debo... Mi Roberto, sé bueno. Respeta a tu Rosa, que te sigue adorando con la misma intensidad que en el ranchito de los telares.

Minutos después Castro bajaba, tambaleante, las escaleras. Se detuvo un momento a la puerta y cortó la calle. Un automóvil rozó su cuerpo, y el chauffeur le lanzó una blasfemia. Desde la acera opuesta, miró largamente las ventanas del primer piso. En una de ellas le pareció advertir un visillo que se alzaba y un rostro bañado en lágrimas que lo miraba tristemente.



SUCESION DE LOS HIJOS LEGITIMOS

Para el Boletín Oficial del Centro Gallego de Avellaneda

(Continuación)

Sabemos que «la legítima es un derecho de sucesión limitado a determinada porción de la herencia» (art. 3591). Es un derecho en expectativa, un derecho latente, que se pone en movimiento cuando fallece el causante y siempre que haya bienes.

Por herencia debe entenderse, el conjunto de bienes que quedan a la muerte del autor de la sucesión. Si no quedan bienes no hay herencia y, por tanto, suprimida la causa, se suprimen los efectos: la legítima no tiene razón de ser, puesto que no tiene sobre qué hacerse efectiva.

Mientras el causante no fallezca, no hay herencia y puede entonces, en virtud de los derechos que le acuerda la ley, ejercer todos los actos jurídicos de que son susceptibles las cosas o los bienes que están bajo su dominio. La ley no tiene razón para entorpecer las enajenaciones que haga el propietario, ni tampoco para obstaculizar los actos de administración, aunque los gravámenes con que afecte los bienes, traigan el riesgo de perder el derecho de propiedad.

Otra cosa ocurre si fallece el causante: el derecho de los herederos sale del estado letárgico para convertirse en un derecho activo protegido por la ley. Los actos de administración y de disposición hechos en vida por el difunto, quedan firmes aunque por efecto de los mismos se haya disminuído notablemente el patrimonio, excepto las donaciones que están sujetas a la reducción o a la colación, según los casos.

En cambio, en los bienes reservables el derecho de los hijos del primer matrimonio, por obra de las segundas nupcias del padre o madre ha pasado de mero derecho latente a la categoría de derecho activo, puesto que ya están perfectamente determinados los bienes, sin necesidad de esperar, como en la sucesión, la muerte del causante para conocer los bienes que componen el acervo hereditario.

El padre en la reserva, no puede disponer de los bienes que no son suyos y no tiene sobre ellos derechos que lo autoricen a efectuar actos de esta naturaleza.

Es innegable que sería más conveniente la interpretación hecha por el Dr. Forniéles, que evitaría el estancamiento de los valores, pero se correría el peligro de hacer ilusorios los derechos concedidos por la ley a los hijos del primer matrimonio.

Lo más práctico sería la eliminación de esta institución, ya que su supresión no altera la armonía del Código.

Legítima que corresponde a los hijos legítimos.

Los hijos legítimos, por su carácter de herederos forzosos, tienen dentro del Código una situación privilegiada. La ley les ha acordado una porción de los bienes de la herencia, de la cual no pueden ser privados sin justa causa de desheredación o en los casos de indignidad taxativamente enumerados.

Dentro de la categoría de herederos forzosos, los hijos legítimos son los que se en-

cuentran en mejores condiciones. La ley, en el artículo 3593, establece que «la porción legítima de los hijos legítimos es cuatro quintos de todos los bienes existentes a la muerte del testador y de los que deban colacionarse a la masa de la herencia.»

Esta porción, que les asigna la ley, es la mayor de todas las legítimas acordadas por el Código, que indudablemente ha tendido a fortificar el vínculo familiar, cuidando el porvenir de los hijos legítimos que por la circunstancia de haber nacido dentro de matrimonio legítimo tienen derechos acordados por la Naturaleza, derechos que podríamos denominar inmanentes, puesto que, continuando la personalidad del causante que le ha dado vida, debe también dotarlos de los medios necesarios para su desarrollo físico, intelectual y moral. Si a esto se agrega la afección que la ley supone tenía el difunto y la necesidad de solidificar la institución matrimonial, tendremos una explicación de la protección amplia dispensada por el codificador a los hijos legítimos.

La ley ha dejado un margen (un quinto) del que puede disponer el causante para dar expansión a sus sentimientos, mejorando la porción de uno o varios de sus hijos legítimos o para hacer legados a cualquier otro pariente, y aún a extraños. Esta facultad acordada por la ley al testador es — como veremos oportunamente — más ilusoria que real por los escollos con que se tropieza, al querer hacer uso de este derecho.

Obligación de colacionar.

La protección acordada por la ley a la porción legítima de los herederos forzosos—entre los cuales ocupan un lugar preeminente los hijos legítimos—ha obligado al legislador a crear un mecanismo para impedir que las disposiciones legales fueran burladas. A este fin responde la obligación de colacionar, que consiste en reunir a la masa hereditaria el valor de todos los bienes donados en vida por el causante a uno de sus herederos forzosos. El artículo 3477 dice: «Los descendientes y ascendientes, sean unos y otros legítimos o naturales que hubiesen aceptado la herencia con beneficio de inventario o sin él, deben reunir a la masa hereditaria los valores dados en vida por el difunto.»

Se requiere, entonces, que se trate de herederos forzosos; que el obligado a colacionar haya aceptado la herencia y que sea una donación. Reunidos estos elementos, pro-

cede la colación, cuya finalidad es el mantenimiento de la igualdad en la partición. El heredero deberá traer a la masa el valor de todos los bienes que ha recibido en donación.

¿Puede evitarse, por algún medio legal, la colación? El Código nos da la respuesta en el artículo 3605: «De la porción disponible el testador puede hacer los legados que estime conveniente o mejorar con ella a sus herederos legítimos. Ninguna otra porción de la herencia puede ser detraída para mejorar a los herederos legítimos.» Pero, tratándose de herederos forzosos — hijos legítimos en nuestro caso — la colación procede a menos de una manifestación de voluntad expresa hecha por el causante. A esta manifestación se le denomina en el tecnicismo jurídico, dispensa de colación.

(Continuará)

—o □ o—

SOCIALES

La casa de nuestro apreciado consocio D. José E. Groba, ha sido alegrada con la presencia de una preciosa niña, la que vendrá a alegrar dicho hogar.

Tanto el señor Groba como a su distinguida esposa, nuestra más cordial enhorabuena.

ENFERMOS

Se hallan enfermas las esposas de nuestros estimados consocios señores José Ramón Pérez y Ramón J. García.

Nuestros mejores votos por el completo restablecimiento de las mismas.

—o □ o—

ALTAS DE SOCIOS

Carlos R. Izquierdo, por José Lain y Manuel Armada; Juan Cladera, por Francisco Domínguez y Enrique Brea; Vicente González, por José M. Revoredo y Luis Bragadine; Juan Eiras, por Lino Pérez y José Venze; Manuel Fernández, por Fermín Rodríguez y Perfecto Fernández; Hipólito F. Seoane, por José Parada y Ramón Linares; Luis A. Rival, por José B. Elías y Manuel Armada; Germán A. Seoane, por David Tesouro y Ramón J. García; Manuel Fernández Amar, por José A. González y P. Santos (h.); José M. Fernández, por José B. Elías y Antonio Taboada; Eduardo J. Paredes, por Eduardo Paredes y José M. Revoredo; Raúl A. Paredes, por Eduardo Paredes y José M. Revoredo; Manuel Abuin,

por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Juan Mayan, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; José Baleiró, por Ramón J. García y Maximino da Costa; Julio Gagino, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Francisco Alonso, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; José Gutiérrez, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Manuel Padín, por M. González Garrido y José M. Revoredo; Juan Fernández, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Vicente Marcot, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Manuel Marcot, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Demetrio Marcot, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; J. Revoredo Diéguez, por José M. Revoredo y M. González Garrido; Natalio Daglio, por José M. Revoredo y M. González Garrido; Atilio L. Fariole, por Nicolás Villar y Lorenzo Varela; Fernando Amado, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Benigno Rivero, por M. González Garrido y José M. Revoredo; Antonio Rodríguez, por J. Revoredo Diéguez y José M. Revoredo; Manuel Camaño, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Francisco Groves, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Romualdo Bahamonde Díaz, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; José Queiro, por Manuel Fernández y José M. Revoredo; Pedro Muñiz, por Adolfo Abeijón y Maximino da Costa; Juan A. Montaña, por David Tesouro y Carlos Sitoula; Héctor S. Fernández, por Enrique Brea y Francisco Domínguez; Oscar F. Sánchez, por José M. Revoredo y M. González Garrido; Ricardo F. González, por José M. Revoredo y M. González Garrido; Manuel G. González, por José M. Revoredo y M. González Garrido; José Gaizunas, por Adolfo Abeijón y Maximino da Costa; Marcelino J. Covelli, por Adolfo Abeijón y Maximino da Costa; Vicente Causillas, por Manuel Martínez y Rafael Gayoso; Ramón B. Fernández, por Juan A. Plaza y José A. Troncoso; Quintilio Peglio, por Guillermo Fariole y Rafael Gayoso; Isolino Ares, por Constantino Iglesias y Carlos Sitoula; José Calvo Vázquez, por Juan Alberich y José Lamas; Pedro Salgado, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Juan Tomé, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Jesús Caamaño, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Perfecto Fraga, por José Solar y José Cal Sánchez; Antonio Pérez Santiago, por José Lalín y Manuel Armada; José Carballo, por Manuel Fernández e Isidro Alonso; Manuel Rama Romero, por Manuel Fer-

nández e Isidro Alonso; Francisco Gagino, por Manuel Fernández e Isidro Alonso; Jesús Iglesias, por Manuel Fernández e Isidro Alonso; Marcelino Diéguez, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Hermenegildo Rodríguez, por José M. Niño y Carlos Sitoula; Manuel Carral, por José Pérez Prieto y José Rojas; Matías Abalde, por Constantino Iglesias y Carlos Sitoula; José R. Pouso, por Ramón Pouso y Rafael Gayoso; Isidro Pouso, por Ramón Pouso y Rafael Gayoso; José A. González, por Manuel Fernández y José A. González; Ezequiel Peraza, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Juan Baglietto, por Ernesto Saavedra y José Pérez Prieto; Otomides Franchetti, por Alfredo García y José Pérez Prieto; Luis De Claiol, por Alfredo García y José Pérez Prieto; Félix Delgado, por Alfredo García y José Pérez Prieto; Armando Racket, por Alfredo García y José Pérez Prieto; Celestino Picollo, por Alfredo García y José Pérez Prieto; Manuel Marin, por José Rojas y José Pérez Prieto; Enrique Fernández, por Constantino Iglesias y C. Sitoula; Cayetano Scónza, por R. Pugliese y Manuel F. Asorey; Blas Fariole, por Guillermo Fariole y Carlos Sitoula; Miguel E. Iturralde, por Ramón Pouso y Rafael Gayoso; Esteban Peraza, por Manuel Fernández y Ramón Linares; Dionisio Pérez Gutiérrez, por José Lamas y Juan Alberich; Andrés Benvenuto, por Lorenzo Varela y Amaro Giura; Néstor F. Sangiovanni, por Francisco Domínguez y Carlos Sitoula; Bartolomé Casazza, por Herberto Calvo y A. Campos; Juan J. Corradi, por Jesús Eijo y Joaquín González; José L. Ferrando, por Jesús Eijo y Joaquín González.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

- Eco de Galicia, de La Habana.
 Herald de Galicia, de La Habana.
 Vida Gallega, de Vigo.
 Boletín de la Real Academia Gallega.
 Boletín Oficial de la Unión Hispano-Americana Valle Miñor.
 Revista Médica Gallega, de Santiago.
 El Industrial, revista ilustrada de La Habana.
 Revista del Centro Gallego de Bs Aires.
 La Voz Médica, de Madrid.
 El Fraternal, órgano de la Sociedad Unión Española de Mozos y Cocineros.
 Céltiga, de Buenos Aires.
 El Herald Guardés, de la Guardia (Galicia).

¿Porqué

no prueba su suerte
y economiza dinero?

**Esta casa dedicada exclusivamente al ramo de
Sastrería, ofrece a Vd. las siguientes ventajas:**

- 1.—Porqué trabaja con artículos de primera calidad y gustos de lo más moderno que se fabrica en Francia e Inglaterra.
- 2.—Obteniendo un carnet de crédito en ésta su casa, se convencerá de que el objeto no es de comerciar con los clientes, sinó de darles facilidades de pago.
- 3.—Al ser igual el número de su libreta a las dos últimas cifras del premio mayor de la Lotería de la Provincia de Buenos Aires, en la primera y tercera jugada de cada mes esta casa le obsequiará con un traje que usted elegirá a su gusto.
- 4.—Para tener derecho al obsequio es imprescindible tener abonada la cuota correspondiente a la jugada del número premiado
- 5.—Es obligación de entregar hecho, el traje al beneficiado en un término no menor de quince días después de el sorteo, en la

Sastrería "LA CIVIL"

Maximino dá Costa

O'GORMAN 28

AVELLANEDA

LA FAMA ▲ Cigarrería y Manufactura
de Tabacos

— DE —

Odilo Otero

Agencia general de lotería

Venta de Bonos de la Caja de Ahorros
de la Provincia

Gral. MITRE 692 — AVELLANEDA

DISPONIBLE

Eduardo Paredes

CONSIGNATARIO

Haciendas - Frutos del País - Cereales

Comisiones en General

CASILLA 30

MATADEROS

U. T. 37 - Rivadavia 4087

U. T. 68 - Matadero 202

SUIPACHA 10

BUENOS AIRES

BANCO DE AVELLANEDA

Capital autorizado y suscripto \$ 2.000.000.— m/n.

Reservas generales..... ,, 468.762.85 ,,

Casa Matriz: Avda. MITRE 402 - Avellaneda

SUCURSALES EN

BUENOS AIRES, Calle 25 de Mayo N.º 285 — JUNIN (F. C. P.)

LANUS (F. C. S.) — PIÑEYRO (Avellaneda)

ABONA: En cuenta corriente 1 o/o anual En caja de ahorros.....5 o/o anual

A plazo fijo..... Convencional

El Banco se encarga de ADMINISTRAR sus propiedades, cobrando una
MINIMA COMISION

SEGUROS DE INCENDIO

Es medida de buena previsión asegurar su casa o negocio, en el

BANCO DE AVELLANEDA

Cigarrillos



de 20, 30 y 40 Cts.

es la gran marca argentina
libre de todos los trusts :: ::

Piccardo & C^{ia}. L^{tda}.



Compañía Trasatlántica

MAURA & COLL

AGENTES

25 de MAYO 158

U. Telefónica
38, Mayo 0026

Buenos Aires

PROXIMAS SALIDAS:



Reina Victoria Eugenia

Saldrá el 21 de Febrero de 1927

Infanta Isabel de Borbón

Saldrá el 19 de Marzo de 1927

Pasaje para: Río de Janeiro, Tenerife, Las Palmas, Cádiz,
Almería, Barcelona, Vigo, Coruña, Gijón, Santander y Bilbao.